

sentimiento y afliccion! Gusta sobremanera que se acuerden de Él, como acontece á los amantes; y ninguna cosa es ruin á sus ojos siempre que se haga por amor suyo, porque el amor todo lo trasforma y engrandece.

No digo yo que desmayeis, como los Santos, al solo nombre de pecado: requiérese para eso una gracia especial y un abrasado amor de Dios. Algo, sin embargo, podeis hacer en reparacion y dolor de las culpas del humano linaje, y ese algo, por poco que sea, procurará á Dios una gloria inefable, y al corazon de nuestros hermanos una dulce consolacion.

SECCION V.

No hay verdadero dolor de las culpas ajenas sin un profundo pesar de las nuestras propias. Frutos espirituales del amor de compasion.

Pues, como ya llevo dicho, es preciso que no olvidemos dolernos de nuestras culpas personales, y dolernos de ellas, singularmente por ser ofensas contra un Dios infinitamente bueno y amable.—«Si nos condolemos de nuestros propios pecados, dice San Crisóstomo, disminuirémos su gravedad; lo que era grande se hará pequeño, y áun no raras veces lo reducirémos á la nada.»—San Basilio, exponiendo aquellas palabras: *Tú has trocado mi llanto en ale-*

gría añade:—«Dios no infunde su gozo en todos los corazones, sino solamente en aquellos que han deplorado sus culpas con un vivo dolor y llanto continuo como si lamentasen su propia muerte, porque semejante dolor trasfórmase al fin en gozo inefable.»—«Menester es que no perdamos nunca de vista nuestras propias culpas, repite San Crisóstomo, no tanto para que se nos perdonen, y quedemos enteramente limpios de ellas, si que tambien para llegar á ser más indulgentes y compasivos con nuestros prójimos, y servir á Dios con grande fervor, adquiriendo con semejante recuerdo de nuestras culpas un conocimiento más claro de la divina Bondad.»—«No dejeis, dícenos la Escritura, de temer por el pecado perdonado;»—y ciertamente, este temor es el preservativo más eficaz contra una nueva caida. No pocos Santos aseguran que, si supiésemos por revelacion que se nos habían perdonado todas nuestras culpas, todavía deberíamos dolernos de ellas; así lo practicó David, despues que se dignó el Señor hacerle dicha revelacion, y el apóstol San Pablo, aunque confirmado en gracia; porque semejante dolor es el alimento continuo de nuestro amor de Dios. San Odon, en su vida de San Gerardo, cuenta una cosa por cierto muy singular. Solía este siervo de Dios sentir despues de su conversion una grandísima compuncion por sus faltas las más ligeras, igualmente que Santa Paula, segun el testimonio de San Jerónimo. Pues bien; reve-

ló Dios en cierta ocasion á San Gerardo que le habían sido perdonados todos los pecados graves de su vida pasada, á causa del dolor que sentía por las faltas leves que cometiera despues de su conversion. Mas es preciso no excedernos en dicho dolor por las culpas: considerémoslas en general y no particularmente; y sobre todo, sería mucho más útil y provechoso, conforme fué revelado á Santa Catalina, meditar sobre la preciosa sangre, y ponderar la divina misericordia, que no un árido exámen de ellas, segun el consejo de San Bernardo:—«Adviértoos de paso, amigos míos, que eviteis el exámen ansioso y escrupuloso de vuestras culpas pasadas, y sigais las sendas llanas y espaciosas de los beneficios divinos. El dolor de los pecados es ciertamente indispensable, pero no se requiere que sea continuo; interrumpámosle con el pensamiento alegre de la divina misericordia. Preciso es que mezclemos la hiel con los ajenjos; de otra suerte llegaría á perjudicarnos su amargor.»—

La vida es un punto, comparada con la eternidad; y por toda la eternidad serémos infinitamente dichosos, y no tendrémos entónces ninguna otra ocupacion que la de glorificar á nuestro Dios y Señor; literalmente no tendrémos ninguna otra cosa que hacer. Y esta única tarea encerrará tan riquísimos tesoros de gloria y bendicion, que nada nos dejarán que desear. ¿Por qué, pues, no comenzamos en la tierra una obra semejante? ¿Por qué no procuramos desde ahora

enamorarnos de esa gloria divina, que ha de ser un dia nuestra dicha y el objeto de nuestro gozo y adoracion? El carácter de la divina Bondad esser comunicativa: incesantemente se está el Señor comunicando á sus criaturas por medio de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y así es preciso que imitemos á este divino modelo. No hay cosa más odiosa que una persona egoista, que no se ocupa ni piensa más que en sí misma y en su propia alma; mas parece una gran cosa esta solicitud exclusiva por su propia alma, cuando se contempla la muchedumbre de individuos que nos rodean, que apenas saben si tienen alma; es peligroso, sin embargo, detenerse exclusivamente en dicho pensamiento. ¿Y quién habrá que teniendo á su disposicion la preciosa sangre, y conociendo su inapreciable valor y los maravillosos efectos que produce, no suspire por comunicarla á los demas? ¿Será posible que todavía permanezca cruzado de brazos? Yo desearía que pudiésemos hacer siempre todas las cosas solamente por la gloria de Dios; pero ya se ve, no es esto tan fácil de ejecutar. Mas todos podemos sin esfuerzo alguno hacer un poco más que hasta aquí, lo cual se consigue llorando los pecados de todo el mundo, por ser ofensas contra la Majestad de nuestro Dios y Señor.

Ni carece semejante devocion de ventajas inmensas en favor de nuestra alma. Una vez que nos resolvamos de todas veras á trabajar en servicio de Dios,

el mayor obstáculo que se nos opone al paso no es tanto el pecado, como el apego á las cosas de la tierra y nuestro amor propio. Ved como esas dos miserias de la vida, que tan obstinadamente nos están acosando, que nos tienen como aprisionados y vician todo lo bueno que hacemos; ved, digo, como están siempre en guerra abierta contra esta devocion. El carácter del mundo consiste en ignorar la culpa: las cosas son buenas ó malas, segun á él le place, y en cuanto se conforman ó nó á su propio criterio; mas por lo que hace á la mancha interior que recibe el alma inmortal con la ofensa que inferen al Dios invisible, es asunto de que no hay que hablarle, ni por un momento siquiera; semejante doctrina es propia, segun él, del vulgo ignorante; es una bagatela, una superchería clerical. La persona que todo lo ve, segun que es ó nó pecado, que no busca por todas partes sino la gloria secreta del Criador escondido, que sigue las banderas celestiales, que usa solamente de los pesos y medidas del santuario, que hace las cosas más insignificantes por motivos sobrenaturales, que ama, en fin, lo que no ve con los ojos de la carne, hasta el punto de llegar á perder la facultad de amar los objetos visibles, ó á lo ménos de amarles con vehemencia, difícilmente podrá ser dominada por el espíritu del mundo, ni por su amor propio: su vida es una protesta contra el mundo, igualmente que contra sí misma. He aquí una simple descripcion de lo

que muy luego llegaría á ser aquel que practicase semejante devocion. Quien busque con afan y de todas veras á su Dios, no tardará en convencerse de que nada hay en el mundo que merezca su exclusivo amor, y este ejercicio le libraré de los dos mayores enemigos de la vida espiritual.

Convenceríase igualmente de que tan dulce devocion le servía de poderoso valimiento para con Dios; sus oraciones comenzarían á despacharse más favorablemente que hasta aquí, y sus palabras tendrían una eficacia superior á sí mismas, á su talento, razonamientos y elocuencia. ¿Qué objeto existe digno de estimacion, si Dios no le ha bendecido? El poder espiritual es el único poder real, y sigue reglas distintas de los otros poderes de la tierra. Cuando San Vicente de Paul fundó la Congregacion de la Mision, dijole el P. Condren, Superior del Oratorio de Francia, y uno de los hombres más espirituales de su tiempo: «¡Ah Padre mio! Veo que esta es obra de Dios, que vive en ella el espíritu de Jesus, y que ha de tener un feliz resultado; las personas que la componen han nacido de humilde cuna, ninguna es letrada; y estas son las armas á que Dios da la victoria.» —Ved, pues, sobre qué principios tan contrarios á los del mundo fundaba su juicio ese buen Padre. San Felipe llegó á demostrar que todo su poder consistía en el alejamiento del mundo; y la obra de San Ignacio resútese asimismo en una sola palabra, á saber:

probó igualmente al mundo que el alejamiento era el alma de su grande obra. Comenzad desde luego á practicar esta devocion por la gloria de Dios ultrajada, y bien presto conoceréis, por medio de señales sensibles, que el Señor os asiste de una manera más especial que hasta aquí.

Finalmente, si quereis alcanzar el galardón de la perfeccion cristiana y llegar á ser unos santos, escuchad esta historia; oid lo que aconteció á un sujeto, sólo por haber impedido que se consumasen con actos externos dos pecados mortales. San Panucio había vivido no pocos años en el desierto, donde á fuerza de desvelos y rigurosas penitencias tuvo la dicha de alcanzar su santificacion. Ocurrióle en cierta ocasion una idea extraña, y se atrevió á manifestársela á Dios en la oracion: deseaba saber, quién había en el mundo que le igualase en santidad; pedíalo con simplicidad de corazon y verdadera humildad, y el Señor, por lo mismo, se dignó acceder á su demanda. Díjole, pues, que su santidad se igualaba á la de cierto gaitero de una aldea de Egipto, la cual le nombró. Resolvióse al punto el Santo á ir en busca de dicha persona. Apénas llegó á la aldea, lo primero que hizo fué preguntar por el gaitero, y respondiéronle que estaba tocando en la taberna para divertir á los que se hallaban allí bebiendo. «¡Cosa extraña!» dijo para sí San Panucio. Sin embargo, fuése á su encuentro, y luego que llegó á verle, llamóle aparte,

y le habló acerca de su vida espiritual y obras buenas que había practicado. — «¡Obras buenas! replicó el gaitero, no sé que yo haya hecho nunca nada bueno; solamente me acuerdo que allá, cuando yo era ladron, salvé el honor de una vírgen consagrada á Dios, y en otra ocasion entregué de limosna cierta cantidad de dinero á una doncella pobre que, por su extrema necesidad, ofrecíase á pecar.» — No bien acabó de hablar, cuando entendió el Santo que Dios había otorgado al gaitero gracias iguales á las suyas, porque movido de la gloria de su Hacedor, llegó á impedir, durante su estragada vida de ladron, dos culpas mortales.

Pero no podemos ilustrar mejor la manera de hacer así efectivo como afectivo el dolor de las culpas ajenas, es decir, manifestarle tanto en deseos como en obras, sino poniendo aquí las prácticas recomendadas por un escritor espiritual (1) para los dias del Carnaval. Dichas prácticas llevan por título: *Devociones que las almas amantes de su Dios suelen practicar en los dias del Carnaval y en las otras épocas del año en que los mundanos acostumbran ofender á Dios con más frecuencia.*

1.^a Durante esos dias, procurar poner más cuidado en abstenerse de cualquiera falta particular en que de ordinario solemos incurrir.

(1) Lancis. De Præs. Bei, 81.

2.º Aumentar el tiempo de nuestra oracion siquiera el espacio de un cuarto de hora.

3.º Leer una hora, por ejemplo, en algun libro espiritual que excite en nosotros afectos piadosos, tales como *Las Confesiones de San Agustin*, *La Imitacion de Cristo* ó las *Vidas de los Santos*.

4.º Afligir nuestro cuerpo con alguna nueva penitencia, ó bien prolongar la que tengamos de costumbre.

5.º Visitar en dichos dias con más frecuencia al Santísimo Sacramento; y concluidas que sean nuestras devociones diarias, procuremos excitarnos á tiernos afectos de compasion por nuestro Dios ofendido, á la manera que lo hacemos cuando visitamos á los amigos en tiempo de tribulacion para consolarlos y darles muestras del amor que les profesamos. Derramemos igualmente abundantes lágrimas, ó lamentemos, á lo ménos interiormente, las culpas de tales dias, en especial las de aquellos que, por razon de su estado y singulares beneficios que han recibido del cielo, deberían evitarlas con más esmero y escrupulosidad que los otros.

6.º A cada hora que dé el reloj, hacer un acto breve, pero fervoroso, de dolor por las culpas que se cometen durante dicha época; pueden practicarse semejantes actos doquiera nos halleemos, en el paseo, en la mesa, etc., etc.

7.º Por lo ménos tres veces al dia, con la mayor

reverencia y el más vivo afecto del corazon, adoremos profundamente á la divina Majestad hacia las cuatro partes del mundo donde es Dios durante ese tiempo horriblemente ultrajado, deseando con adoracion tan amorosa compensarle por todas las ofensas que le hacen en dichas regiones, deplorándolas, y pidiendo su remision y la conversion de los pecadores. A ese fin ofrezcamos la preciosa sangre y los méritos de Jesucristo, tan agradables á Dios y tan provechosos á los pecadores: asi es como Santa María Magdalena de Pázzis obtuvo la conversion de no pocas almas encenagadas en la culpa.

8.º Ejecutar nuestras buenas obras ordinarias con mayor cuidado, diligencia y fervor, señaladamente aquellas que se refieren más inmediatamente al culto divino. Porque si los mundanos son en tales dias más diligentes y activos que de ordinario para ofender á la divina Majestad, razon es que las almas amantes de su Dios se afanen y procuren, siquiera en la misma proporcion, ser más diligentes y fervorosas que de costumbre en sus buenas obras y culto divino.

9.º Hacer una Comunion extraordinaria con objeto de aplacar á Dios y de honrarle por medio de tan amorosa reparacion.

10. Como son tantas las ofensas que se cometen durante este tiempo por excesos de comida y bebida, mortifiquemos un poquito más nuestro apetito en la cantidad y calidad de los manjares.